

## Inauguración del busto de don Ricardo Carrasquilla

El domingo 26 del pasado agosto se verificó, en la Avenida de Colón, la inauguración del busto de mármol blanco de don Ricardo Carrasquilla, decretado hace un año por la Municipalidad de Bogotá con motivo del centenario del insigne maestro. Invitaron a este acto los discípulos del señor Carrasquilla, que tanto se han interesado en refrescar su memoria y glorificar sus méritos y virtudes.

Asistieron al solemne acto el Excelentísimo señor Presidente de la República, los señores Ministros de Relaciones Exteriores, Educación nacional, Obras públicas e Industrias; el señor Alcalde de la ciudad, los discípulos de don Ricardo, las personas de su familia y un grupo muy respetable de damas y caballeros de la sociedad bogotana.

Publicamos en seguida los dos elocuentes discursos que se pronunciaron en esta memorable ocasión.

### DISCURSO del doctor Eduardo Restrepo Sáenz

Excelentísimo señor Presidente, señores:

Por señalada fortuna me fue dado ser discípulo de don Ricardo Carrasquilla y al través de los tiempos he sabido conservar por su memoria el cariño que me inspiró desde los claustros del colegio. Ese cariño es, sin duda, el único título que me autoriza para ocupar esta tribuna, lo que hago en virtud de honroso encargo conferido por un grupo de antiguos condiscípulos, compañeros queridos en la época feliz y ya remota de nuestra edad juvenil, quienes habrán tenido en cuenta, ya que carezco de elocuencia, mi fidelidad al recuerdo del que fue para nosotros amigo y maestro insuperable.

Tenemos a la vista su imagen, esculpida en la dureza del mármol por el cincel del artista colombiano don Silvano Cuéllar y erigida por disposición del consejo municipal de Bogotá como homenaje al buen ciudadano, al filósofo cristiano, al educador de varias generaciones y al brillante cultivador de las letras. Simbólica parece la escogencia de este sitio, entrada a la capital, para el busto de don Ricardo Carrasquilla, quien nacido en lejana población de Colombia y trasladado a esta ciudad cuando tenía pocos meses, fiel a su sangre santafereña, vino a ser con el tiempo cabal representante del carácter y cualidades que distinguen a los hijos de esta ciudad de Quesada, tan cara al que revive hoy ante nosotros.

Nos congregamos aquí para honrar la memoria de quien fue un ejemplo en su vida y dejó hondo surco de afecto en los corazones de aquellos que lo conocieron. El unió a su chispeante ingenio dotes especiales de carácter y lo animó una profunda fe religiosa que fue como el timón que dirigió su existencia. Se formó debido a su propio esfuerzo, luchó reciamente con la vida y vino a ocupar puesto de honor entre nuestros escritores. A la defensa de la fe dedicó el resultado de sus estudios y su raro talento, movido por ese impulso de sus arraigadas convicciones y en cumplimiento de lo que para él era un sagrado deber. Su espíritu estaba abierto a todos los nobles entusiasmos y a las más delicadas ternuras, y si le vemos con el fusil en la mano, combatiendo a favor de la constitución y contra la dictadura, podemos también contemplarlo cuando visitaba las chozas de los infelices y pedía para ellos una limosna como miembro de la Sociedad de San Vicente. Es que él no amaba de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad.

Esa caridad activa lo llevó a ejercer la nobilísima misión de la enseñanza, en la cual, para usar las pala-

bras de un institutor suramericano, van envueltas las credenciales de un apostolado; de un apostolado que resiste a todas las hecatombes y no sucumbe en ninguna de las decepciones, el apostolado del maestro a quien se entrega lo mejor que existe: el alma incontaminada del niño. Y ese apostolado, que si trae inmensas satisfacciones también deja gustar a menudo el amargo sabor de la ingratitud, constituye una de las faces más meritorias de la vida de don Ricardo Carrasquilla. En él pudo demostrar su profundo conocimiento del corazón humano y utilizó las especiales dotes de inteligencia y bondad con que quiso favorecerlo la Providencia. Sabía tocar los resortes que mueven las almas y obtenía con su palabra, calurosa y persuasiva, los más felices resultados; trocaba así los caracteres díscolos y perezosos en disciplinados y adictos al estudio. Para tales fines prescindía en absoluto de castigos corporales; el honor y el sentimiento del deber, que tan bien sabía inspirar a sus discípulos, fueron sus eficaces medios. Adivinó ciertos métodos de enseñanza y los puso en práctica, considerados hoy como la última palabra en la materia, antes de que fueran recomendados por notables pedagogos del Viejo Mundo. Imposible es para quien oyó las enseñanzas del ilustre maestro olvidar la claridad de su exposición, el convencimiento que sabía llevar a las inteligencias con el fuego de su palabra, digna de los más grandes oradores. Pero él, en su ingénita modestia, no deseaba brillar sino educar y enseñar, para cumplir así la alta misión que se había impuesto. De que lo logró da testimonio la larga serie de sus discípulos, llamados unos a las altas dignidades civiles y eclesiásticas, dedicados otros a más modestas disciplinas; pero todos salidos de las aulas con la semilla de la verdad que en sus pechos depositó don Ricardo, como familiarmente le nombrábamos, y en sus corazones los sentimientos acendrados de gratitud hacia

el que supo aunar con las sabias lecciones del maestro el consejo acertado, la indicación provechosa, el estímulo oportuno, todo ello prodigado con cariñoso interés.

Vive entre nosotros, quiera Dios que por largos años, un ejemplo admirable de la educación a que me refiero: Monseñor Rafael María Carrasquilla, heredero de las virtudes de su ilustre padre, elocuentísimo orador sagrado y rector, amado por sus discípulos y admirado por todos, del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. A riesgo de ofender su modestia, úno en estos momentos su nombre al de quien le dio el sér y fue en todo su maestro, para honrar a éste con el fruto obtenido en el discípulo insigne.

Lección perenne era para sus educandos la vida de don Ricardo Carrasquilla, dedicada toda al cumplimiento del deber y al ejercicio de las virtudes cristianas. Tenía el culto del patriotismo y lo inspiraba con el ardor comunicativo de su palabra, cuando venían a sus labios los nombres de nuestros héroes y de nuestros mártires. Descendiente de ilustres personajes en la historia nacional, llevaba en la sangre el amor a la patria que ellos contribuyeron a fundar y puede decirse que él se respiraba en el ambiente del colegio dirigido por hombres de las raras cualidades aquí brevemente mencionadas.

Desprovisto de bienes de fortuna, los que miraba con indiferencia, tranquilo por el sentimiento del deber cumplido y confiado en la infinita misericordia divina, se reclinó a dormir en paz su último sueño el varón justo a quien hoy rendimos homenaje, el 24 de diciembre de 1886.

El recuerdo de quienes culminaron dejando huella luminosa digna de ser imitada y los honores que a su memoria se tributan, constituyen poderoso estímulo para los ciudadanos. Cuando al correr de los años hayan desaparecido del mundo de los vivos quienes guardan

palpitante la memoria del creyente, del maestro y del talentoso escritor, este monumento sabrá decir a otras generaciones cómo aquel cuya imagen reproduce supo amar y servir a Dios, a su Patria y a sus semejantes.

#### DISCURSO del doctor José Eusebio Ricaurte

Inoportuno parece en estos momentos en que casi no hay más preocupación que el progreso material, en que, si se piensa en otra cosa que en la riqueza es en los medios de aumentarla; en este siglo en el que hay muy pocos que sepan sustraerse a esa influencia que viene envenenando todo lo grande y todo lo noble, en que el afán y la velocidad quitan el sosiego propio de las letras y de las musas; inoportuno parece, digo, en estos momentos reunirnos a recordar la gloria y las virtudes de uno que no entendió de finanzas, que no supo traficar, que vivió y murió pobre; y en esta ciudad formada hoy por tantos extraños y forasteros, recordar el honor de uno de los exponentes de Santa Fe la tranquila, la letrada, la hidalga, la religiosa. Quede, pues, este sencillo monumento al amparo de su ciudad maternal, en memoria de uno de sus más nobles varones y para veneración de todos.

No fue esta ciudad gloriosa en cuanto traficante, —que bien menguada es la gloria que al burgués enriquecido da la adulación logrera— sino por sus letrados y sabios, porque aquí fue la cuna de las ideas, de las ideas que engendraron la libertad, de las ideas que produjeron heroísmos, de las ideas que ennoblecieron la raza y enriquecieron las letras.

Queremos que en esta avenida se levante la figura austera del cristiano a carta cabal, del caballero per-

fecto, del letrado, del institutor, para que los que entren al verla sepan lo que fue y lo que quiere seguir siendo esta ciudad, y antes de pasar adelante admiren y saluden al que fue la personificación de la nobleza, al hombre de fe, modelo de los caballeros de entonces, y que supo dignificar sus proceros abolengos. Nombre inmortal, evocador de la más pura gloria y de las letras y de las ideas que hicieron noble y célebre a Colombia.

Y es un sacerdote el que viene a hablar, porque se trata de un hijo de la Iglesia, porque se trata de un hombre que tuvo la fe tan honda y profunda que casi vino a ser parte de su sér, y esa fe informó su vida como informa la vida de los santos; porque las enseñanzas de Jesucristo en su inteligencia fueron luz y poesía, en su vida fueron santidad, en su palabra fueron espada y escudo y luz y fuego; porque fue el defensor de las ideas cristianas; porque fue apóstol, y como su obra perdura y hoy se ven todavía los frutos de esa semilla de ciencia y de ejemplos: por eso hoy la misma Iglesia le da gracias y lo ensalza y bendice: que la gloria de los buenos, aun en este mundo puede ser parte de aquella centuplicada recompensa que el Señor prometió a los que le buscan.

No brilló con la bien triste gloria militar; nunca su mano se manchó con sangre ni resonó su voz en el combate, ni supo de violencia material. Pero la gloria se funda en ideas y si son dignos de encomio los héroes no es por haber peleado sino por haberlo hecho en defensa de la justicia y del ideal. E ideas fue lo que él tuvo y enseñó. Si es de justicia recordar a los que fueron al campo de batalla sacrificándolo todo, imperioso deber es rendir ese tributo a los que levantaron no sólo la antorcha que ilumina y guía sino el mismo nivel intelectual de su patria. No luchó en el campo material, pero sí en otro más delicado, contra un invasor más injusto: el mal y el error.

No quiero hablar del poeta: sus deliciosas estrofas en lengua común, semejantes a una charla fluida y discreta parecen una conversación de esas que causan deleite y solaz, que iluminan, que instruyen, que consuelan. Otras hay sublimes y sus versos entonces son copas de fino cristal tallado en que nos da a probar las delicias del vino de las diosas. Su lenguaje es gracioso como un manto de hermosura con que se viste su ágil pensamiento, sin perder su viveza y aumentando su elegancia. Pero no os hablo de nada de eso, porque bien conocidas son sus obras. Quiero hablaros del institutor y del apologista.

Fue uno de esos a quienes Dios concedió el dón de poder modelar las almas y ser luz para las inteligencias y dio el poder de formar las generaciones. Fue maestro por vocación y por temperamento. Tal era la claridad de inteligencia que brillaba en su palabra que iluminaba y convencía de modo que al acabar un discurso nadie decía: «qué bien habla», sino: «tiene razón, es así», porque la diafanidad y transparencia de su palabra eran tales que dejaban ver íntegra la luz del pensamiento de modo que él casi desaparecía. Ese dón maravilloso lo hemos admirado en su hijo y heredero de sus cualidades y virtudes.

Sin alardes de erudición pedagógica, sin acumular citas de nombres extranjeros, tuvo aciertos felices con los que probó ser consumado pedagogo que sin haber tenido ocasión de ampliar sus ideas con el estudio y la influencia de países más adelantados, pasó por sobre los prejuicios de Santa Fe, y su solo talento lo hizo adelantarse a su época y establecer un colegio y en él métodos de enseñanza y de educación como los pueden envidiar los mejores planteles de hoy. Bien comprendió la insuficiencia de las antiguas rutinas, su excesiva severidad propia sólo para formación de hipócritas, y rompió con el muerto memorismo con todos esos siste-

mas según los cuales podía darse esta definición: educar es rebajar el carácter y envilecerlo hasta lograr convertir al niño en un hipócrita o en un rebelde. Pero también sospechó y anunció los inconvenientes de la exageración de las tendencias modernas y rechazó la excesiva libertad y el tratar a los niños como hombres y el volverlo todo juego. Con la gracia que lo distingue, en vez de los términos eruditos, expresó todo esto en su artículo: «lo que va de ayer a hoy», que a pesar de la apariencia de chiste, es un resumen de pedagogía que concluye con que todo extremo es error y que es mucho lo bueno de la antigua escuela y mucho lo que se ha adelantado.

Pero esta es una ciencia práctica y para conocer a don Ricardo como pedagogo no hay que detenerse en sus teorías apenas esbozadas en sus escritos, hay que saber lo que fue su colegio y su obra como educador. El colegio de don Ricardo fue el baluarte de las ideas católicas en épocas de conflicto, y por él pasó lo mejor de nuestra aristocracia y así tuvo él ocasión de preparar una generación de caballeros y de cristianos, cuyos convencimientos y cuyas virtudes se van perpetuando degeneración en generación y son hoy el ornato de nuestra sociedad. De ese colegio salieron apologistas convencidos, entusiastas y sabios; caballeros dignos de nuestra elegante sociedad; caracteres de una pieza para honor de Colombia. La instrucción que se les dio fue incompleta porque no pudo llevar a sus alumnos hasta los grados académicos, pero los dejó capaces para todo lo bueno y preparado para los altísimos puestos que hemos visto desempeñar a muchos de ellos.

Si es deber de todo hombre y de todo pueblo dar su gratitud a sus bienhechores, ésta la debe antes que a los que le dieron los bienes materiales, a los que enriquecieron su alma y su inteligencia.

La generación presente, que cuenta tan claras glo-

rias como lo son muchos de los presentes, paga hoy esa deuda de justicia al varón insigne, modelador de almas y formador de la sociedad.

Bendito sea en esta ciudad su nombre y brille entre nosotros su memoria como brillaron sus ideas, como brillan las virtudes que infundió en sus discípulos y como brilla él en perpetuas eternidades, según el juramento del Omnipotente, por haber enseñado a muchos la justicia.

\*  
\* \*

Pero don Ricardo Carrasquilla no fue sólo maestro, fue sobre todo apologista, fue apóstol.

Tiempos difíciles aquellos y tremendas pruebas sufrió la Iglesia de Colombia; y él se sintió llamado a la lucha de la idea y acudió al campo y puso al servicio de sus principios católicos todo cuanto había recibido de Dios.

Una de sus mejores obras es *Los sofismas anticatólicos vistos con microscopio*. Defensa sólida y graciosa de nuestras ideas en que no hace sino mostrar la lógica en que se fundan y la carencia de ella de que adolecen los contrarios, en donde lo que a primera vista parece un chiste ingenioso, resulta ser un argumento irrefutable.

Pero así, al microscopio quisiera yo estudiar su corazón, pasar de esa envoltura de gracia y chiste ingenioso, pasar de esa propiedad y acierto de su lenguaje y llegar hasta ver su alma. En una sencillez de niño no se veía otra luz ni otro móvil ni cosa alguna distinta de la fe de Jesucristo, fe sincera, fe sencilla, fe inmensa, fe que en él todo lo llenaba y lo llenaba de amor, fe que llegaba hasta los más íntimos rincones, hasta sus obras, que brillaba en sus palabras, que por eso eran discretas, sabias, oportunas, impregnadas en la caridad de Cristo. Esa fe, ese convencimiento lo hicieron caballero, lo transformaron en poeta, de poeta en santo, de santo en apóstol.

Bella empresa la de sembrar la semilla de la verdad, la de esparcir el bien; pero hacerlo en época de contradicción, levantándose contra la mayoría, contra los poderosos, eso es heroico. Y hacerlo con tanta caridad y celo que nadie se lastimara y que todos siguieran queriéndolo y que llamara sus amigos y lo fueran en verdad los adalides del campo opuesto, eso es propio sólo de la caridad cristiana. Y no dudó del peligro que corría con no seguir las ideas de los mandatarios de entonces, y bien supo que emprendía una lucha desigual contra los poderes del mal en la que él llevaba la menor parte, bien sabía que con eso no lograría salir de la humilde y estrecha situación financiera en que pasó toda su vida.

Pero él no era para otra cosa que para pasar haciendo el bien, como su Maestro, a los cuerpos, ayudando a los pobres; y a las almas, predicando y ejerciendo ese apostolado efficacísimo que hizo decir con razón a sus contemporáneos «que el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas era su pasión dominante».

Las conversiones hechas por la gracia divina con el instrumento de su palabra no fueron pasajeras. Y esa palabra fue tan viva que en mil ocasiones, después de treinta o cuarenta años ha llegado hasta nosotros, que no le conocimos, vivificadora, ardiente y luminosa, porque la tradición cristiana la recogió con veneración y todavía está viva y fructificadora. Y los convencidos de entonces todavía muestran a la generación presente con su ejemplo cómo eran las virtudes y cuáles los principios que él enseñó.

Para todos tuvo algo: pan para el hambre de los cuerpos, porque nunca negó limosna, aunque para ello tuviera que prescindir de lo urgente o de la prenda de vestido necesaria; pan de ideas para el hambre de las almas necesitadas; pan de hombres de valer para la sociedad empobrecida. Su ciencia, su influencia, su palabra,

su dinero, todo lo puso a la disposición de todos y repartió a manos llenas cuanto recibió de Dios. Le causaba verdadero placer y alegría el que se le diera ocasión de perdonar, y ni los que quisieron ser sus enemigos lograron sustraerse a sus esfuerzos misericordiosos.

Muy propio resulta el mármol para su efigie, para que simbolice la blancura de su vida, para que remede no sólo su figura exterior sino su alma blanca. Pero esta no pasa de ser una muerta imagen. ¿Dónde está el fulgor de su mirada, la santidad de su vida, la dulzura de su palabra? Esas cosas sí viven en sus discípulos y sobre todo en su hijo, grande en la sabiduría hasta donde se puede serlo en este mundo, consumado en la virtud, perfecto en la modestia, perfecto maestro y santo sacerdote.

La muerte lo quitó de en medio de nosotros y le impidió seguir hablando y escribiendo, pero no seguir haciendo el bien, y lo entregó a la posteridad como un ejemplo. Hundió su cuerpo en las tinieblas del sepulcro, pero levantó su alma hasta los resplandores eternos. ¡Qué gozo para el maestro cuando se alzaron ante él las puertas de la verdad eterna que él había inculcado y la vio cara a cara! ¡Qué gozo para el defensor de la Iglesia y predicador de las enseñanzas de Jesucristo encontrarse con él, en quien había creído, a quien había confesado, a quien había amado, y oír de su boca la sentencia inapelable: «Como me confesaste delante de los hombres, así yo te confesaré y glorificaré delante de mi Padre celestial».

